

EL BALANCE DE DOS DESHIELOS

ENTREVISTA CON GEORGES NIVAT

Traducción de JUAN ALMELA

ESTE ANTIGUO INVESTIGADOR de la Academia de Ciencia (condiscípulo de la hija de Stalin) firma sus relatos de ficción con el seudónimo judío "Abram Tertz" y sus textos más "profesores" (aunque jamás despojados de malicia) con su propio nombre. Cuando la KGB descubrió en 1965 que Tertz, autor de los Relatos fantásticos aparecidos en París, era Siniaovski, lo detuvo, así como a Yulí Daniel. Su proceso, en febrero de 1966, señala el término del primer deshielo. En el campo de concentración, Siniaovski descubrió la gente, el "coro" de su libro Una voz en el coro (ed. francesa, Seuil, 1974). Allí escribió asimismo, en forma de cartas a su mujer, un libro sobre Pushkin (Seuil, 1975) y otro sobre Gogol (Seuil, 1976). Emigró poco después de salir del campo de concentración y pasó a ser profesor en la Sorbona. Su esposa, por su parte, transformó la casa donde vivían, en Fontenay-aux-Roses, en pequeña imprenta. La embriaguez de la libertad de editar parece perdurar en esta pareja de emigrados, que publica una revista, Syntaksis, las novelas escritas por Tertz en Francia —Buenas noches (Albin-Michel, 1984) es la más notable—, y otras no pocas obras, entre ellas las de Limonov. Siniaovski ha pedido a su abogado de Moscú que emprenda una acción legal a fin de que sea anulada su condena de 1966. El escritor acusado de antisovietismo, de falta de respeto y de delito estilístico se declaró entonces inocente; persiste en ello y firma.

Georges Nivat: ¿Cómo ve usted, a la luz de la nueva libertad cultural que conoce hoy en día la Unión Soviética, la acción que pueden ejercer, la una sobre la otra, la emigración y la literatura soviética? La emigración, la diáspora, existe, eso es un hecho. ¿Pueden estas dos entidades seguir desconociéndose? ¿No podrán enriquecerse mutuamente?

Andrei Siniaovski: Pienso que no sólo pueden sino que deben tener relaciones y enriquecerse la una a la otra. Si se considera la vieja emigración, la emigración tradicional, entonces el retorno a Rusia de Nabokov o de Jodasevich, por ejemplo, no es solamente un acontecimiento de su historia. Es también un hecho de la actualidad soviética, de su cultura. Hablo de "regreso" porque estas obras fueron, primero y ante todo, acontecimientos en el seno de la emigración. Pero Doctor

Zbivago de Pasternak, o Nosotros de Zamiatin, o bien Corazón de perro de Bulgakov forman ya parte del acontecer literario soviético. Estos libros cambiarán la atmósfera de toda la literatura soviética. Lo más importante es que con esta explosión, este boom libresco actual en la Rusia Soviética, los puntos de referencia se modifican radicalmente: el acento cae sobre la calidad de las obras, independientemente de las divergencias ideológicas o políticas. ¡Si se refiere uno al nivel de un Nabokov, por ejemplo, y si se quiere igualarlo...! Ahora que estas obras están publicadas, ya no es posible desconocer pura y simplemente su existencia.

Soy enteramente partidario, lo repito, del acercamiento de las dos literaturas, emigrada y soviética. También soy partidario de la *perestroika*. Con todo, no falta gente que afirma que la *perestroika* no existe, que no hay ninguna "reestructuración", que es un engaño destinado en primer término al Occidente. Por mi parte, no creo que sea nada más una añagaza. Ahí se combinan varias tendencias, pero la *perestroika* puede ser tomada en serio. Por lo que a mí respecta, me interesa ante todo como acontecimiento cultural. Comprendo bien que en Rusia soviética sea más fácil imprimir libros que dar de comer a la gente, pero los problemas de la cultura son mi vida misma, y me agrada mucho que haya por allá tanta difusión de escritos. Me encanta que se encuentren en Rusia nombres de autores soviéticos que habían emigrado. Ante todo, ¡Galich ha regresado! Las canciones de Galich forman hoy plenamente parte de la cultura soviética, lo cual en verdad no era previsible cuando él vivía. Es muy actual, tiene multitud de admiradores... ¡Es increíble lo que acontece! Tengo un amigo, Daniel, que fue mi compañero de proceso. Pues bien, se han puesto a publicarlo —cosas escritas hace mucho y aun, entre ellas, obras a causa de las cuales fue condenado a cinco años de reclusión. Yo, físicamente, estoy aquí, y hasta el presente no ha sido publicado en la Unión Soviética nada mío. Pero hay propuestas; se habla de cierta colaboración, soy citado como crítico literario... ya veremos.

G.N.: Este *aggiornamento* en la cultura rusa no es completo, ni mucho menos. En lo que atañe a las obras de Siniaovski, incluso no existe. Pero, claro está, como Siniaovski vive, como reside aquí, hay que tratar con él. ¡En el caso de Zamiatin ya no hace falta negociación!

Supongo que esto es en parte lo que complica la labor de las editoriales soviéticas. ¿Cuándo, pues, verá el lector de Rusia que le proponen los *Relatos fantásticos* de Abram Tertz?

A.S.: Imposible tener sobre esto la menor idea, ya que los adversarios de Abram Tertz no se limitan al poder soviético que en otro tiempo lo juzgó y aprisionó por sus escritos. A decir verdad, la literatura es mucho más compleja y no se reduce al problema del "pro" y el "contra". A veces los desacuerdos de orden estilístico pueden tornarse mucho más graves que las divergencias políticas. Así, Abram Tertz tiene dos adversarios: por hablar en imágenes, ¡por un lado está la Lubianka, por el otro Lydia Chukovskaia! Es una mujer sumamente notable, de gran nobleza, pero que no puede soportar la manera como Siniavski escribe. Para ella es la vergüenza de la literatura rusa, es pornografía. En este dominio, la pelea no es en favor o en contra de Siniavski. Como usted sabe, los escritores realistas corren con mucha suerte. Todo el problema se reduce a: "lo que ha escrito es justo", o bien "es falso". Todo lo que antes era tildado de mentira es rehabilitado hoy: "¡sí, es la verdad, publíquemoslo!" Pero ¿qué hacer con un escritor no realista? Esquemático, por supuesto.

G.N.: Pero por el momento Lydia Chukovskaia no es editora. Se trata en su caso más bien de cierto puritanismo. ¿Cree usted que la *perestroika* no ha liberado aún por completo la literatura de cierto puritanismo, de cierto "fijismo" en el dominio del arte? ¿No hay, pese a todo, fenómenos nuevos? Pienso por ejemplo en Petrushevskaja.

A.S.: Sí, hay en ella audacias bastante sorprendentes. Pero no es por casualidad por lo que Petrushevskaja ha tenido dificultades para que la editen: hace ya cinco o seis años que su primera colección de relatos —un libro muy pequeño— apareció. Por añadidura, en Rusia causa escándalo entre el gran público. Hay mujeres soviéticas que se rebelan contra su publicación. Tales relatos ensuciarían la imagen de la mujer rusa, cuya vida es ya lo suficientemente dura sin ello; ¿por qué contársela al lector? No es el poder soviético lo que está de por medio sino algo más vasto, es sin duda la "voz del pueblo". Y es este género de público, por desgracia, el que forma la mayoría, y desempeña su papel. Salimos aquí del dominio de la política. El poder habría dejado pasar las cosas, pero la prensa debe tener en cuenta la opinión pública. Recientemente la revista *Ogoniok* publicó en la última página una imagen en el estilo de los *lubok* (cromos populares), una obra de una artista contemporánea. Su tema son "los baños rusos". Es una estampa muy graciosa, muy alegre. Pero *Ogoniok* no sabe ya qué hacer: lo sepulta una ola de cartas que protestan contra la "pornografía", aunque en aquello no hubiera nada de pornográfico, es algo más bien animoso y popular. Aparecen los baños, hombres y mujeres que se lavan juntos, como se acostumbraba, y todo ello es muy simpático. Pero ahí tiene: se exige que *Ogoniok* sea procesado por pornografía —y el "se" es la mayoría de los lectores.

G.N.: Según usted, hay dos fenómenos distintos: está

primero la "ingenuidad" del público, que todo lo recibe en el grado más bajo y al cual le es menos fácil elevarse a lecturas más elaboradas en el plano estético. Luego está el hecho de que en Rusia la literatura sigue desempeñando aún, verosímilmente, un papel mágico. ¡En Occidente, sin sombra de duda, ya nadie perturba a nadie escribiendo lo que sea! Esto puede todavía ocurrir con la televisión. Entre nosotros, si una parte de la población se siente agredida por el contenido de una película, puede haber protestas. Hace mucho que esto no ocurre en el dominio literario. ¿Es posible que Rusia continúe viviendo de literatura?

A.S.: Sí, por supuesto. La relación hacia la palabra es la misma que puede existir hacia una fórmula mágica, un ensalmo. Hay siempre ese miedo de que, si alguien pronuncia determinada palabra, algo ocurrirá fatalmente en el dominio de lo real. Semejante actitud —esta aguda atención a la palabra— presta un servicio inmenso a la literatura. Es lo que explica la influencia considerable que han ejercido los escritores en Rusia: Tolstol, Dostoievski, etcétera; pero también es una desgracia. Es claro que tal relación mágica con la palabra favorece, exalta el proceso literario. Por ejemplo, los cuentos populares rusos siguen siendo de cierta manera actuales, no directamente sino a modo de procedimiento estilístico. No es casual que el papel del relato poético, del *skaz*, sea colosal en la literatura rusa. Hoy seguimos encontrando obras visiblemente escritas bajo la influencia de los cuentos populares.

G.N.: En su concepto, ¿cómo evolucionan la cultura y la literatura rusas? ¿Se prolongará el poder mágico de la palabra? ¿Es deseable que se prolongue? ¿No está la literatura rusa en trance de tomar, por el contrario, la misma dirección que la literatura occidental, la cual, puede decirse, está aislada de la vida ordinaria? Es un dominio aparte, tiene sus fanáticos, hay quien lee a Butor, otros a Gracq... ¡pero Butor carece de toda influencia sobre la vida de los franceses! ¡Gracq lo mismo! ¡Ni la más mínima! ¿Cuál es su opinión al respecto?

A.S.: Si se trata de lo que deseo, entonces, muy claramente, desearía que Rusia se pareciera más al Occidente, porque en cualquier caso es deplorable que no sea publicado todo. En este momento, por ejemplo, se aprestan a publicar a Sasha Sokolov. Pero a Limonov es imposible —aunque a decir verdad, por qué no, digamos que es demasiado pronto—, y aquí las barreras son de las que habíamos hace un momento, son únicamente de orden estético. Desde un punto de vista político podría, cómo no, publicarse a Solzhenitsyn íntegro, todo lo que todavía no se ha publicado en la URSS; las discusiones que hubo a este respecto pertenecen al pasado y no ocurriría nada grave si fuera publicado. El gobierno soviético actual mismo ha denunciado suficientemente el gulag. Pero la relación mágica con la palabra sigue estorbando; hay barreras que por el momento no se deciden a franquear.

G.N.: ¿Quiere usted referirse a la eventualidad de publicar *Archiepiélago Gulag*?

A.S.: Sí, en primer lugar; pero pienso que es preciso publicar a todo Solzhenitsyn.

G.N.: Como escritor y como lector, ¿qué ve usted hoy de nuevo en la literatura rusa soviética, aparte de este *aggiornamento*?

A.S.: Mi elección personal se inclina a menudo hacia nombres que el lector soviético conoce poco o mal. Me atraen personalidades como Petrushevskaja, Tatiana Tolstoia, Mijail Kuraiev, que ha escrito *El capitán Dickstein*, una novela muy interesante que apareció en el 87 en *Novy mir*. Se encuentran ahí por lo demás cosas notables, de autores de quienes nunca se oyó hablar; no tengo la menor idea de quién sea esa gente. Hay también una recopilación de historias de un tal Pietsuj que acaba de aparecer, todavía no la he leído; algunos relatos suyos fueron ya publicados en *Novy mir*. Pero cuando hablo con críticos soviéticos serios, de paso por Occidente (y procuro averiguar todo lo posible acerca de lo nuevo que se hace en su país), los oigo con bastante frecuencia expresar la opinión de que hay demasiado pocos fenómenos nuevos. Y hay un aspecto más de las cosas. Cierto *patbos* acusador, el descubrimiento de una verdad importante, de la justicia social, todo eso ha enmascarado, ha mandado a segundo plano las otras tareas, puramente artísticas: de hecho, muchas obras son juzgadas y apreciadas según el único criterio de su autenticidad. Es lo que pasa con *Los hijos del Arbat* de Rybakov, o con *Una nube de oro sobre el Cáucaso* de Pristavkin, y también —ya es algo más viejo— con *Vida y destino*, de Grossman. Es eso lo que retiene la atención, y a veces en detrimento de la escritura. “¿Quién es el más valiente? ¿Quién irá aún más lejos al representar esto o aquello?” Así es como se plantea el problema, y es lástima. Es verdad que este género de *patbos* es inherente a la literatura rusa. Existía en la literatura populista; los *narodniki* eran de una gran rectitud moral, pero, con excepción si acaso de Gleb Uspenski, eran escritores de poca envergadura.

G.N.: ¿Y puede usted decirme cómo compara este “deshielo” con el primero, el de la época en que usted escribía clandestinamente sus relatos? No podía usted publicarlos allá, pasaron al Occidente, y todo terminó con el proceso y el campo de concentración. Pero, no obstante, vivió usted aquel deshielo, otros escritores pudieron ser leídos entonces, también se producía un *aggiornamento*, el primero: fueron devueltos al lector Isaak Babel y (en parte) Mandelstam. ¿Es esto comparable?

A.S.: Sí, es comparable, pero opino que la *perestroika* ha llegado más lejos. De hecho, durante el primer periodo de deshielo el gobierno continuaba controlando muy de cerca el acontecer literario. Jrushchiov, como se sabe, lanzó muy graves acusaciones en el terreno político: denunció a Stalin. Ahora bien, al mismo tiempo lo aterraban ciertas manifestaciones artísticas; decía que el arte abstracto no debía existir, escupía sobre cuadros y esculturas y todo ello tenía un carácter dictatorial, había que seguir la línea del partido, etcétera. Hoy tengo la impresión de que el gobierno ha decidido (hasta cierto punto) no ejercer tutela sobre la literatura porque descontentaría a los intelectuales; la *perestroika* no

tiene tantos partidarios, que se diga, y proceden sobre todo de la inteligentia, de entre los liberales, la gente que reflexiona; no puede seguirse aplicándoles una política dura. Por todas estas razones advierto ahí grandes cambios.

La vigilancia mezquina que conocimos ya no tiene curso. Por supuesto, el poder existe y sabe lo que ocurre, pero muchos problemas los resuelven los redactores de acuerdo con sus posiciones personales. El redactor limita las cosas asumiendo riesgos y peligros, tiene un poder de decisión.

G.N.: Opina usted que el lector, la sociedad soviética están cambiando en profundidad?

A.S.: Sí, pienso que cambian. Está, sobre todo, el hecho de que en este momento se lee mucho en Rusia, en todas las capas de la sociedad. Ciertos detalles curiosos me han sido contados por soviéticos. Por ejemplo, los teatros están en una posición difícil. Ya no va nadie: se prefiere leer *Ogoniok* o alguna otra revista, donde se encuentran cosas más audaces y mordaces que en el teatro. Me han dicho que en el metro de Moscú se veía a todo el mundo leyendo. ¡Una verdadera bulimia de lectura! La literatura alcanza en el presente una capa bastante importante de la población, lo cual evidentemente está muy bien.

G.N.: Todo escritor escribe para un tipo de lector. ¿Qué tipo de lector tiene usted presente cuando escribe?

A.S.: Sabe usted, después de años de existencia clandestina o semiclandestina...

G.N.: Hizo usted en enero pasado un viaje imprevisto de cinco días a Moscú, en ocasión de la muerte de Yuli Daniel. Este viaje es un acontecimiento: ¿cuál es su impresión sobre los cambios que están en marcha en la Unión Soviética y, ante todo, sobre la gente?

A.S.: La gente me ha causado una impresión muy positiva. Nunca hubiera creído que veríamos a tantas personas. La juventud acudió a nuestro encuentro con amor: gracias a ella nos dimos cuenta de que lo que hacíamos era útil.

G.N.: Hablemos de los cambios. Se trata de un proceso que viene de lo alto. Usted, que estuvo allá, no vio a dirigentes sino a intelectuales, a sus amigos. ¿En qué medida este proceso es una fuerza espontánea y hasta dónde es manipulado desde arriba?

A.S.: Tengo la impresión de que en Rusia se está en plena guerra civil. Se restringe ciertamente al plano ideológico, pero es encarnizada. Además, es una guerra civil que también pasa por nosotros, los emigrados. Estamos en el frente. Allá la gente pelea por obtener la menor cosa. Tome el caso de Korolich, el redactor en jefe de la revista *Ogoniok*... En *Pravda* del 18 de enero hay una carta escrita por “escritores - campesinos” —y no sólo por ellos: hoy por hoy se unen con los reaccionarios agrupados alrededor de la revista *Nash Sovremennik*. Escritores muy respetables, como Rasputin, Astafiev, Bielov, Anatolii Ivanov, Vikulin, Proskurin, han escrito exigiendo que Korolich sea destituido de su puesto. Lo notamos claramente en Moscú: lo odian, es tratado de judío y de masón, recibe cartas

amenazadoras. Y este estado de ánimo es contagioso, alcanza la emigración...

G.N.: ¿No cree usted que los acontecimientos más importantes ocurren dentro del poder? Dentro del partido, de todo el aparato, del comité central...

A.S.: Una pregunta sigue en pie: ¿quién tira de las cuerdas en lo alto, qué es lo que hace actuar a Gorbachev? Sólo pueden hacerse suposiciones. ¿Es la vanidad, es (como se oye decir en la emigración) la voluntad de tomar el poder por astucia, el deseo de construirse un imperio y de ser aún más que Stalin en este dominio, quiere reforzar el sistema arrojando arena a los ojos de los occidentales? No lo sabemos, pero vemos bien claro lo que acontece: un debilitamiento muy real del poder. No hay poder que, si fuera lo suficientemente fuerte, permitiera todo lo que éste permite hoy en día.

G.N.: En las redacciones, o entre los amigos de usted, ¿no ha causado asombro su punto de vista estetezante sobre los campos de concentración o lo "fantástico social"?

A.S.: No, ¡ha sido entre la emigración donde esto causó sorpresa! En la URSS no causa el más mínimo asombro. Sea como sea, la gente es más cultivada. Cuando afirmo que fui feliz en el campo de concentración, es la verdad, con todo y que aquél fuera el periodo más penoso de mi vida, física y psicológicamente. Pero "estéticamente" fui feliz, sí. En la Unión Soviética se comprende de qué hablo. Aquí las reacciones han sido

llamadas telefónicas indignadas: "¿Cómo puede este-tizar' los campos de concentración, decir que fue el periodo más interesante de su vida...?" etcétera, etcétera. No idealizo aquello. No pienso que la vida sea dichosa allí, pero, en fin, un escritor bien tiene el derecho... vea a Dostoievski, su *Casa de los muertos*...

G.N.: ¿Qué papel puede representar para la obra de usted, para su vida, su viaje de cinco días a Moscú, ese retorno a la patria?

A.S.: Estoy acostumbrado de toda la vida a escribir a despecho de todo y contra todo, sin lectores... y entonces conocí los campos de concentración, la emigración... Este viaje me resulta en verdad inapreciable porque entraron en contacto conmigo redacciones de revistas, algunas cosas serán publicadas... he adquirido conciencia de que hacía yo falta, de que era útil. Es una experiencia muy estimulante. Pero al mismo tiempo hay impresiones menos afortunadas. La KGB sigue presente a cada paso; la sociedad sigue en plena desorganización. Pero la gente (pienso en los intelectuales) es muy interesante. Piensan.

G.N.: ¿No es el epílogo de su libro *Buenas noches*: "No hay que dormirse"...?

A.S.: El sueño es útil también. Pienso que el escritor, el artista, es alimentado por el dormir, por el soñar. Si hay que emplear grandes palabras, lo nutre una fuerza espiritual que se halla por encima de nosotros...



En la noche. Acrílico sobre papel 46x68 cms., 1972